

ANNALYDA ALVAREZ-CALDERON GERBOLINI
JOSEPH DAGER ALVA • ANTONIO ESPINOZA RUIZ
ROSA MARIA MACERA ZEVALLOS • SUSIE MINCHIN LEME
SOLEDAD OLAECHEA PARDO
NATHALIE DE TRAZEGNIES THORNE
- COMPILADORES -

La Historia del Perú en la Revista de la Universidad Católica

Capítulo 12



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1993

Edición preparada por:

Annalyda Alvarez-Calderón Gerbolini

Joseph Dager Alva

Antonio Espinoza Ruiz

Rosa María Macera Zevallos

Susie Minchin Leme

Soledad Olaechea Pardo

Nathalie de Trazegnies Thorne

Dirigida por:

Franklin Pease G. Y.

La Historia del Perú en la Revista de la Universidad Católica

Cubierta: Instituto Riva-Agüero

1966

Foto por José Gushiken

Archivo de la Pontificia Universidad
Católica del Perú.

© 1993, por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel. Apartado 1761, Lima, Perú. Tefs. 626390 y 622540, anexo 220.

ISBN 84-89309-62-0

Derechos Reservados

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

GUILLERMO PRESCOTT Y SU OBRA HISTORICA

Por *JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO*

Discurso pronunciado en el Instituto Riva Agüero, el 3 de diciembre de 1959, en el Acto Académico en homenaje a Guillermo Prescott en el primer centenario de su muerte.

Al conmemorarse este año una centuria del fallecimiento de Guillermo Prescott, la Universidad Católica me ha encomendado la misión de rendir homenaje a su memoria, y aquí, gustoso lo hago, no sólo por haber sido un historiador brillante, sino por ser el más brillante de los historiadores extranjeros del Romanticismo que estudiara la Historia del Perú. Muerto en Boston un 28 de enero de 1859, vemos hoy llegado el momento de recordarlo. Al hacerlo reconocemos en él a uno de aquellos historiadores no peruanos que más no ayudaron a conocer, edificar y difundir nuestro pasado. Este homenaje, pues, no es sólo un homenaje laudatorio, es también un homenaje agradecido.

Salem, ciudad del condado de Essex y primera capital de Massachusetts —una de las poblaciones más antiguas de la Nueva Inglaterra— fue la cuna de Guillermo Hickling Prescott, quien vio allí la primera luz el 4 de mayo de 1796. Fue su padre el coronel Guillermo Prescott llamado “Guillermo el Bravo”, que se había distinguido en la Guerra de la Independencia así como en la judicatura y la abogacía; y su madre, Catalina Green, perteneciente como su esposo, a una familia de raíz conservadora y aristócrata radicada en los alrededores de Boston. El futuro historiador, pues, pertenecía a un mundo social que nada tenía que ver con la clase humilde pero sí con el ambiente militar. Acaso ello lo induciría más tarde a escribir sobre Reyes de la Reconquista y soldados Conquistadores.

Su infancia no ha dejado huella alguna. Debió de transcurrir en medio del severo clima familiar, alternando con los atildados niños de la sociedad bostoniana o asistiendo con los viejos de su credo a la iglesia

parroquial, donde puritanas señoras de sombrero y traje largo gustaban de cantar los salmos en los oficios religiosos. Ningún recuerdo, pues, ha quedado de esta infancia y por ello, la siguiente vez que nos topamos con Guillermo Prescott es cuando cumplió los 14 años de edad, en vísperas de abandonar la escuela para seguir una carrera que le permitiera proseguir con estabilidad en la vida. A juzgar por lo que sigue, parece que el muchacho dudaba entonces entre el bufete y la milicia.

Su padre, sin embargo, a pesar de los muchos laureles que ganara con la guerra era poco amigo de que su hijo ingresara a la carrera militar. Estaba ya muy influido por la judicial, profesión que ejerció luego de vestir el uniforme y la reposada vida del hogar —así como el respeto de los ciudadanos— acabaron por aficionarlo más a la toga que a la espada. Con tal mentalidad matriculó al joven Guillermo en la Universidad de Harvard, donde en 1811 inició sus estudios de Derecho con intención de graduarse de abogado. Todo marchó muy bien hasta poco antes de concluir su carrera, pero entonces, un golpe recibido en el rostro lo privó de un ojo para siempre, comprometiéndole también el que tenía sano. Durante un tiempo quedó casi ciego y habiéndose visto forzado a abandonar sus trabajos, comenzó a instarle la idea de viajar a Europa y someterse al tratamiento de eminentes oculistas. En efecto, así lo hizo, pero los tratamientos no lo aliviaron mayor cosa. Sus ilusiones de volver pronto a leer se vinieron por el suelo. Se vió obligado entonces a que otra persona lo hiciera por él y la primera en presentarse para ello fue su madre, convertida a partir de este momento en su abnegada colaboradora. Sin embargo, ¡cosas del destino! cuando Catalina Green cerró sus ojos para siempre, los del joven Guillermo se fueron abriendo poco a poco a la par que experimentaba un alivio inesperado. Al volver a identificar a los objetos tornaba la esperanza a su corazón. Mas no por ello abusó de sus órganos visuales, sino que sirviéndose siempre de secretarios y amanuenses prosiguió escuchando sus lecturas y dictándoles notas que reunía luego. Así pudo publicar sus primeros trabajos en la *North American Review*, trabajos que alcanzaron pronto éxito.

En eso conoció a Jorge Ticknar, otro bostoniano destinado a ser famoso, que como historiador y crítico le comunicó sus impresiones sobre la literatura española. Prescott se apasionó tanto con el nuevo panorama que se dedicó con ahinco a estudiar el castellano. Para 1824 ya lo hablaba y lo leía con soltura, dándose además el lujo de incursionar por la literatura francesa y también por la italiana. De este modo fue como descubrió a los latinos.

Este hallazgo fue todo un acontecimiento en la vida intelectual de Prescott. Inhábiles para compenetrarse del espíritu y de la mentalidad de los latinos, los anglosajones se habían acostumbrado a mirarlos por encima del hombro y a reconocerlos como la “canalla mestiza mediterránea”. La convicción de superioridad del hombre nórdico olvidaba que toda su cultura, pero absolutamente toda, la debía a los mediterráneos y que hasta el día de hoy los arquetipos del genio latino están esperando un anglosajón que los supere. Ingratos a la par que olvidadizos, se habían acostumbrado a despreciar a sus vecinos del sur, utilizando para ello un idioma en el que —por ser latinas o helenas— más de la mitad de sus palabras procedían del “Mare Nostrum”. En razones como éstas se basaba la tirante realidad que vivían nórdicos y meridionales. Prescott, pues, no entendía aún todo esto, pero estaba empezando a comprenderlo. El mismo se daba cuenta de su situación y se admiraba de lo que le estaba sucediendo.

No hay que olvidar que esa primera mitad del XIX fue el apogeo del Romanticismo y que, aunque nacido en el Siglo de las Luces, Prescott era un romántico de verdad. Sus lecturas y sus trabajos así lo demostraban. Cervantes, Lope, Tirso y Calderón ya le eran personajes dominados. El Medioevo y el Renacimiento sus épocas preferidas. Pero más que sus manifestaciones artísticas le fueron interesando los acontecimientos a que dieron pie, sobre todo, porque muchos de estos acontecimientos no estaban estudiados ampliamente. Fue entonces que se operó en él un nuevo cambio y dejando atrás las buenas letras decidió enfrascarse a las veraces. Entre lo bello y lo cierto. Guillermo Prescott se definió por la Historia.

Romántico, al fin y al cabo, se echó a buscar la Tradición. Pero su patria resultaba demasiado joven para proporcionársela en la historia vieja. Por eso fue que buscó refugio en los cronicones reales de la España medieval. Y así como a través de su literatura había llegado a descubrir a los latinos, las crónicas con su lenguaje rudo, apasionado y belicista le hicieron conocer a los españoles. Prescott iba de hallazgo en hallazgo sin saber donde pararía todo ello. Los españoles, sí los españoles, los de la Armada Invencible y las Guerras de Religión, aquellos latinos paradójicos que apesar de ser los hombres mas individualistas de la tierra, eran incapaces de usar el albedrío para la interpretación de lo celeste. A ello se estaba aficionando, nada menos. Aún no había comenzado su primer trabajo y ya el mundo anglosajón parecía gritarle desde lejos: “Guillermo Prescott, Dios te perdone”.

El norteamericano superó pronto el momento de la elección de tema, porque si bien es cierto que desde un comienzo se inclinó por las crónicas realengas, fueron los monarcas anteriores a los Austrias lo que más llamaron su atención. Esos reyes españoles parecían escapados de un mundo colorista y muy guerrero, como el pintado por Sir Walter Scott, el cantor romántico de los ingleses y escoceses medievales. Sí, era eso, banderolas y armaduras en torno a monarcas que gustaban de luchar contra la Media Luna. Con ellos se podía ensayar la visión sintética y global de un gran período, especialmente con los Trastamaras, de actuación severa y enervante, o con los príncipes e infantes de Aragón, siempre astutos, movedizos y políticos... Prescott concibió entonces un proyecto muy osado: estudiar a Fernando e Isabel.

Para un historiador español el proyecto resultaba pretencioso, pero para un anglosajón parecía más difícil todavía. Sin embargo, esta aparente dificultad fue un estímulo para el norteamericano. Ningún inglés se había atrevido a tanto y eso fue lo que lo aferró más a su idea.

Y así comenzó a escribir capítulos que hablaban de las murallas de Avila y el Alcázar de Segovia, de las calles de Toledo y del castillo de Burgos, deteniéndose con especial deleite en la vega de Granada para ver mejor a Boabdil, el agareno rendido, entregar las llaves de la plaza a Fernando e Isabel. A través de todo el libro la pareja real se desplaza por España con naturalidad y acierto. La obra ceñida al:

Tanto monta, monta tanto
Isabel como Fernando

y no deja de nombrar en ella a los hidalgos de la Reconquista como soldados de una guerra santa, aunque instigados por la Iglesia y sus famosas bulas de Cruzada. Animados por su ideal y reforzados por un torrente de indulgencias. Prescott los descubre valientes, bizarros y guerreros, pero con mucho de fanáticos. Así vistas las cosas ellos luchan no sólo por su país sino también por la Cristiandad, Cristiandad que era la de Roma, pero no la de Guillermo Prescott.

El autor se contagia del momento y aplaude la expulsión de los musulimes, pero no ocurre lo mismo cuando les llega el turno a los hijos de Israel. Entonces, como ocurrirá más adelante al hablar de la Inquisición, tampoco puede despojarse de prejuicios, aunque todo lo disculpa a los monarcas por su fe desmedida en Torquemada. A pesar de esto, valgan verdades, su crítica no ofende y el austero dominico no pasa de

ser un personaje intransigente y enfermizo que deambula por la Corte asustando a los judíos. Bien se nota que Prescott tiene presente el antiguo lema de los historiadores: “no llorar, no reír, comprender”, pero esto último, aunque quiere hacerlo, no lo logra. En cambio, tiene acierto y aún fortuna cuando estudia a Gonzalo Fernández de Córdoba, al que reconoce “Gran Capitán”, y lo mismo a Cristóbal Colón, ese mercader de libros de estampa al que llama “el más feliz navegante de todos los siglos”. Aquí parece notarse alguna influencia del cronista Andrés Bernáldez, el cura de los Palacios. Para los demás de la corte muestra imparcialidad. El Condestable, el Almirante Medina Sidonia y la Bobadilla son trazados con equilibrio. Con ellos sabe frenar a tiempo el escándalo frente a los excesos y el exceso de alabanza frente a la virtud. Lo desmedido nunca fue característica de su pluma como tampoco lo era de la Crónica de D. Juan II, la del Halconero o los libros de Hernando del Pulgar, fuentes en las que bebía Prescott. A pesar de sus cualidades de equilibrio el historiador se inclina finalmente hacia Isabel. La escuela de Gracián y los iluministas que hacían de Fernando cabeza y puño de la Unidad española, estaba llegando a su fin. Los románticos mataron esta idea y el Rey consorte de Castilla cedió su sitio para siempre a la Reina consorte de Aragón. Prescott fue uno de los forjadores de esta primacía y no repara en llamar a la Soberana “uno de los personajes más interesantes que presenta la historia”, pues aunque Fernando, “príncipe político y artificioso, puede ser considerado como representante del genio peculiar de aquellos tiempos... Isabel fue muy superior a su siglo”. Esta es, en síntesis, nuestra visión de Guillermo Prescott a través de su Historia de los Reyes Católicos.

Satisfecho, muy seguro y hasta envidiado por sus colegas de habla inglesa y española, Prescott se dedicó a saborear el triunfo. Había llegado a esa etapa peligrosa en que el historiador ve agotados sus ideales y siente la imperiosa necesidad de crearse otros que superen en intensidad a los primeros. De otro modo la embriaguez de la gloria acaba con el investigador. Pero el acicate de su vocación pudo más que la vanidad satisfecha. Entonces fue que volvió la mirada a su nativa América y posó los ojos en la meseta del Anahuac.

Allí, a la sombra de volcanes apagados y en un país sembrado de tunales verdes, había encontrado el equilibrio de sus aguas el gran lago de Tezcoco y en medio de él, a manera de una dorada y acuática Venecia, estaba Tenochtitlán, la imponente capital de los aztecas.

Sus puentes, calles, palacios y escalonados templos lo hacían

parecer escapado de los libros de caballerías, acaso también porque el gemir de los cautivos destinados al sacrificio reclamaba desde sus celdas en Amadís o un Esplandián que acudiera a liberarlos. Pero mientras esperaban al caballero redentor los dioses seguían exigiendo víctimas y el tambor sagrado de la gran pirámide, lejos de amainar en sus sonoros golpes, los aumentaba peligrosamente como los latidos de un gigantesco corazón al que toda cantidad de sangre resultaba poca.

Esta era la visión que de Méjico tenía el mundo gracias a la galana pluma de Antonio de Solís, dramaturgo de nota y estilista de pulida prosa que, aunque nacido en el XVII, sirvió de fuente principal, por no decir de única, a los románticos del XIX. En él habían hallado su inspiración artistas como Maurín, que pintara a Hernán Cortés impecablemente vestido y con chambergo en el máximo fragor de la batalla o también rodeado por princesas redimidas que más tenían de campesinas europeas que de mujeres aborígenes. Pero así fue esa época romántica, buscadora del encanto perfeccionista y del guerrero heroico. Citar su música es emprender su espíritu, leer su poesía es descubrir su mundo y contemplar su arquitectura es alcanzar su ideal plástico de belleza. Por tanto, no debe de extrañar que naciera en ese tiempo la leyenda de un Cortés incendiario de naves, basada en cierta comparación del extremeño con Agatocles de Siracusa, caudillo que realizó un hecho parecido. La comparación provenía de Solís, pero la afirmación era de los románticos, que querían poner al Conquistador de Méjico a la altura de Timarco, Quinto Fabio y Juliano el Apóstata, sus predecesores en el incendio de armadas.

Prescott empezó entonces a desconfiar de Solís y sus adeptos porque su versión no era la exacta. Ella además aplaudía demasiado a la tropa cortesiana, al extremo que más parecía una expedición de misioneros que una hueste de soldados. Tampoco admitió la tesis del puritano Robertson, que basándose tan sólo en libros y despreciando los documentos, lejos de ver una tropa de soldados creía descubrir una legión de pecadores. No, los españoles eran hombres y nada más que hombres, como hombres también eran los aztecas a pesar de quienes los consideraban bestias feroces o idílicos salvajes de factura roussoniana. La verdad era otra y él, Guillermo Prescott, se sentía con fuerzas para darla a conocer al mundo.

Por ello fue que marchó un día al Archivo de Indias de Sevilla y expuso su plan al cuerpo directivo. La opinión de Robertson era de que los españoles sólo ayudaban a los españoles. La realidad fue otra. El

Archivo de Indias no sólo le franqueó la entrada sino le brindó los servicios de un traductor alemán para que lo ayudara en su deficiencia visual frente a la paleografía del castellano arcaico en que estaban escritos los papeles. Pocos días después iniciaba la investigación.

Pero estando, precisamente, en sus indagaciones una noticia, al parecer tal, llegó a Prescott. Washington Irving, el newyorkino enamorado de la Granada moruna y que también había llegado a comprender a los españoles, se aprestaba a describir la conquista de Méjico. Prescott vio desmoronarse uno a uno sus proyectos. Washington Irving con aquel encanto peculiar con que solía describir las noches agarenas de la Alhambra pintaría el desarrollo apocalíptico de la Noche Triste y él, Guillermo Prescott, con la poca vista que le quedaba, leería y releería aquellas páginas de guerreros cubiertos de hierro que luchaban contra aquellos otros cubiertos de plumas. La vida no siempre deparaba sorpresas agradables. También las regalaba ingratas. Y Prescott interrumpió el trabajo. Pero Irving no estaba señalado por la Providencia para escribir aquella obra. La Historia de la Conquista de Méjico no era para redactarse con estilo armónico, puro y lleno de gracia, aunque este estilo proviniera del primer escritor nacional de los Estados Unidos y el más ameno y castizo de la literatura inglesa. Prescott no se había dado cuenta de ello, pero sí Washington Irving.

Y de esta forma fue como el de Nueva York cedió amigable el paso al de Salem. No había duda de que ambos estaban viviendo el Siglo y generación de los románticos y que con la hidalguía bebida a la sombra de esa Granada de los Reyes Católicos, la divergencia tuvo un final de caballeros. En lo que se refiere a literatura acaso Irving lo podría pintar todo muy bien, pero era el hecho que Prescott, como historiador, sabía distinguir más los colores. Y así empezó a redactar su conquista del Imperio Azteca "raza extraordinaria" —según su propia expresión— que habitó en las Indias del Mar Océano.

La obra apareció en 1838. En el prólogo de ella (luego de agradecer su gesto a Irving) expuso los propósitos de su investigación, entrando luego a ella con imparcialidad, minucia y un raro talento descriptivo. Todo lo que entonces se podía saber sobre la Nueva España lo consignó allí en un estudio sobre la civilización de los vencidos hasta surgir los días de la decadencia. Entonces es que hace su aparición Cortés, el que no quemó las naves, quien lejos de ser el caballero cruzado o el pescador empedernido implora a Dios su ayuda en la oscuridad sangrante de la Noche Triste para repartir luego mujeres entre

sus soldados a manera de medallas. Se descubre acción y animosidad encuadradas dentro del vivir de unos soldados que sabían reír en las noches de orgía y llorar en las de desgracia. No, los indios no eran bestias ni los españoles dioses, todos eran hombres y nada más que hombres con sus virtudes y defectos. Y al salir el sol de Otumba luego de la Noche Triste los españoles regresan sobre Tenochtitlán enarbolando pendones de guerra. Y la ciudad es sitiada y obligada a rendirse por el hambre. Los perros aullaron esa noche a la luna y, otro imperio se precipitó al vacío, mientras el tambor mayor de la pirámide sagrada distanciaba más y más sus golpes, como el corazón gigante de un pueblo que estaba a punto de cesar en su latir.

La edición significó todo un éxito de librería. Dos semanas después de ponerse a la venta, el libro se dio por agotado y los curiosos tuvieron que leerlo de segunda mano. Hasta cuentan que el editor se hizo millonario. Pero, en fin, esto resultaba habladorías y nada más que habladorías. Lo interesante es que el libro gustó a todos, es decir, a todos menos a los protestantes. Estos esperaban del autor una crítica severa hacia los conquistadores españoles. Y como Prescott conocía sus prejuicios ya se había cuidado de escribir en el prólogo: “el lector inglés y el norteamericano que profesan principios de moral tan diversos de los del siglo XVI, me creerán demasiado indulgente con los errores de los conquistadores; mientras que al lector español, habituado al incesante elogio de Solís le parecerá que he tratado a aquellos con demasiada severidad. A unos y a otros responderé que si por una parte he pintado los excesos de los conquistadores con los colores más sombríos, por la otra he disculpado su conducta haciendo todas las reflexiones atenuantes que sugieren la época y las circunstancias”. Los protestantes respondieron a esta aclaración llamándolo “gazmoño” y amigo de sus enemigos.

Pero no todos se comportaron igual. También halló entre sus correligionarios hombres que lo supieron entender. Brancoft y Carlisle al hacer su crítica lo reconocieron autor excepcional y Mary Edgeworth llamó a su obra “el libro de nuestro siglo”. Tomás Greville, en un arrebatado de entusiasmo clásico, proclamó que la Historia de la Conquista de Méjico no sólo era comparable sino incluso superior al Anábas de Jenofonte o Expedición de los Diez Mil. El juicio tendía a perfilarse exagerado, pero todos estaban de acuerdo en que el avance de los españoles hacia la capital azteca, sobrepasaba en emoción al paso de las legiones griegas por el Helesponto. La comparación era pomposa y muy

romántica. En realidad eran dos cosas muy distintas, sólo que a Greville pareció prudente compararlas.

Por lo demás, Guillermo Prescott siguió igual. Ya no corría riesgo de que lo embriagara el triunfo. Ya se sabía defender de la vanidad satisfecha pero todavía no sabía hacerlo ante la ambición. Y ahora, al hispanófilo que había escrito de los Reyes Católicos y de la Conquista del Imperio Azteca sólo restaba ya una meta: EL PERU.

La Historia de la Conquista del Perú apareció en 1847. Consta de cinco libros y el primero estaba dedicado al Imperio quechua y a sus Incas. El segundo trataba del arribo de Pizarro con los españoles y de la prisión de Atahualpa; el tercero de la consolidación castellana en el país, y los restantes de las Guerras Civiles de los conquistadores. Prescott había incursionado por la ruda prosa de los cronistas y extractado del desorden de sus líneas no sólo lo que consideró útil sino también necesario. Sarmiento de Gamboa, el licenciado Polo y el Inca Garcilaso sobresalían en la primera hilera; en la segunda militaban Cieza, Gómara, Zárate, el Palentino, los jesuitas Acosta y Cobo, el Visitador Montesinos y cerraba filas el fantasioso Padre Velasco. Estas crónicas configuraron el esqueleto de su obra y al hacerlo, su trabajo fue muy grande, porque aún no habían aparecido las colecciones documentales ni sus prolijos índices.

Al terminar la Historia de la Conquista del Perú, el autor escribió al historiógrafo español Pascual de Gayangos una carta comunicándole algunas de sus impresiones. En ella, era curioso, una de sus frases terminaba así: "Me encuentro ahora con las manos chorreando con la sangre de Pizarro". —¿Qué significaba esto?— Mas adelante confesaba que de tanto tratar a los castellanos quinientistas su apego al pasado lo hacía sentirse poco menos que español, pero no como un español cualquiera, sino como un español de la décima sexta centuria, "de los buenos tiempos de la Inquisición", ¿Se había cerrado el proceso de la españolización de Prescott? — Nada de eso, sólo que el norteamericano se sentía de buen humor y así lo hacía constar a su amigo Gayangos. Lo interesante es que su buen humor provenía de estar totalmente satisfecho.

Pero, en realidad, ¿cómo había salido esa Historia de la Conquista del Perú? La respuesta no es sencilla, pero tampoco imposible.

Su obra la podemos dividir en dos grandes partes, si bien cuantitativamente, esta división deja mucho que desear, la primera es la que trata del Perú antiguo y de sus Incas, la segunda de Pizarro y sus españoles.

Comentando la primera parte, el lector es gratamente sorprendido

por el aporte que tal estudio representa. El público de la nueva generación romántica descubrió en la nieve de los Andes un brote de cultura que apenas conocía. Nunca nadie había reunido tan gran número de fuentes para escribir nuestra historia india. Razón tenían los europeos para considerar esta visión del Tahuantinsuyo como revolucionaria y completa. Allí estaba el Inca con sus orejas horadadas después de perfilarse vencedor en la ceremonia del Huarachico: allí también lo vemos en medio de la grito y el fragor de la batalla arengando a los suyos con sus hechos, para luego regresar al sagrado Cuzco al frente de una legión de prisioneros y escoltado por sus tropas victoriosas. Es la crónica de Sarmiento la que se deja sentir a estas alturas, para seguirla a corto trecho la de Polo y Garcilaso, de las cuales extrae Prescott varios cuadros que recuerdan, aunque lejos, la Utopía de Tomás Moro y la Ciudad del Sol de Campanella.

La familia real y la nobleza, los sacerdotes y las vírgenes solares son los que luego ocupan el primer plano en esta parte de la Historia. Se les describe vestidos de atuendo multicolor y con planchas de oro sobre el pecho que refulgen en los recintos abovedados que iluminan las antorchas. A su lado están los amautas o depositarios de la sabiduría quechua, los haravicus o encargados de cantar los grandes hechos y los quipucamayos o anudadores de cordeles que venían a ser propiamente una escritura. El reparto de la tierra se hacía cada año y lo mismo el de las llamas. Los dioses tenían su parte en estas donaciones y sus templos trapezoidales se llenaban de ropa fina y plumería que se quemaba luego con hojas de coca. Esta era la hoguera sagrada y a su resplandor se apreciaba un Imperio que avanzaba en las cuatro direcciones buscando el fin de la tierra. Sus grandes caminos oficiaban de arterias, la cordillera de cuerpo gigante, el Cuzco de corazón y el Inca soberano de cerebro. Esto último fue lo único que disgustó a Prescott dentro del bello cuadro que pintara. Sus ideas democráticas basadas en el gobierno representativo definido por Locke, le hicieron ver la forma gubernamental peruana como "muy poco satisfactoria para la dignidad de la naturaleza humana". Más tarde sería mas explícito con relación al despotismo dictatorial y escribiría: "Si es el mejor gobierno aquel que menos se siente, el que usurpa menor parte de la libertad natural del súbdito, la parte esencial a la conservación de la subordinación civil, entonces, de todas las clases de gobierno inventadas por el hombre, la de los peruanos es la que menos derecho tiene a nuestra admiración".

La otra parte, la que se refiere o hemos hecho referir a los con-

quistadores, es interesante por demás. Aunque Prescott no se sienta muy seguro, la verdad es que sigue siendo anglosajón. Todavía funcionan en él complejos racistas de superioridad, antipatía frente a la Iglesia de Roma, prejuicios ante el Imperio Español. Por esa razón nunca llegó a explicarse el fanatismo de los conquistadores españoles del siglo XVI aunque en su Historia de la Conquista de Méjico estuvo a punto de lograrlo. En el fondo y sin que él se diera cuenta había casi aversión hacia los soldados españoles. Le gustaba compararlos con el avanzar pacífico de los puritanos del "May Flower" y se regocijaba pensando en ese barco que logró tantas conquistas sin cañones. Su planteamiento hacia los conquistadores se podía resumir en diez palabras: "así fue, pero es que así no debiera haber sido". No se lamenta ni ofende, sólo trata de comprender y se convence de que comprende todo. Se siente orgulloso de sus ideas y cree ser útil a sus lectores.

Es por esto que a través de su Conquista del Perú los personajes principales son descritos en forma muy curiosa y la probada imparcialidad de Prescott se doblega misteriosamente. Así las cosas, Hernando de Luque, el cura de Panamá y maestro escuela del Darien, aunque no deja de ser pudiente para llevar sotana, es "hombre de singular prudencia y conocimiento de mundo". Almagro, soldado de mucho nervio y de carácter franco y generoso, sólo cometió dos desatinos en su vida: tomar el Cuzco por armas y confiar en sus enemigos. Pero Pizarro, el porquerizo de Extramadura, ese sí que es el responsable de toda la desgracia del Perú. Prescott comienza por pintarlo "de aspecto no desagradable", pero usando unos zapatos blancos para imitar la figura del Gran Capitán. Dice que aunque avaro para gastar no atesoraba, pero que, en cambio su pasión por el juego era invencible, hallándole por disculpa a este vicio el que "su alma tosca no había jamás saboreado recreos más puros e intelectuales". En esto se reafirma para decir que era analfabeto, que su secretario firmaba por él y que suya no venía a ser sino la rúbrica, rúbrica que era tan burda que parecía "hecha por mano de un cavador". A más de valiente era constante pero sobre todo pérfido, tanto que "el nombre de Pizarro llegó a ser sinónimo de perfidia" en el Perú. Cavilante y taciturno, su prisión del Inca fue un golpe de suerte calcado (en lo que tuvo de político) en la captura de Monctezuma. Su mérito ante la Conquista del Perú visto de este modo resulta relativo y cuando muere asesinado por los almagristas en su Palacio de Lima, el autor pretende hacer el balance de su obra diciendo que sólo fue "un aventurero, un caballero andante afortunado".

No, hispanistas no somos, pero Pizarro tampoco fue un pobre hombre. No es el momento de decir lo que haya sido sino más bien de preguntar: "¿Qué fue del equilibrio proverbial de William Prescott?" Más aún, ¿es el mismo autor que escribiera la Historia de los Reyes Católicos o la Historia de la Conquista de Méjico? Sí, es el mismo, absolutamente el mismo sino que en una situación muy especial: Prescott estaba obsesionado por la figura de Miguel Cortés.

De haber escrito en el siglo XVI Prescott ocuparía hoy el lugar de Francisco López de Gómara, aunque sin pensar sobre él la sospecha de haber sido estipendiado. Había descubierto en Cortés al culto bachiller de Salamanca que se transforma en político y luego en el personaje único y central de una conquista espectacular y exótica. El héroe que llora en la oscuridad sangrante de la Noche Triste y que vuelve a Tenochtitlán por la victoria, tenía en sí el dorado encanto de un semidios mancebo vencedor en la contienda luminosa. Pizarro, en cambio, era viejo, taciturno y mal geniado. Es decidido pero no animoso y comienza su descubrimiento en la aburrida tierra de manglares donde no impera sino el hambre y la verruga. Pizarro se desplaza seguro pero con lentitud, Cortés era fogoso y se mueve en un fondo novelesco. Además, el trujillano no es el jefe único, pues admite parangón con Almagro, ignorante pero caballero, en todo caso analfabeto como él; y la familiar presencia de tres hermanos en la dirección de su Conquista también le restan unidad, sin duda, a la dirección del porquerizo. Por último aparece Cajamarca, acontecimiento después del cual la Conquista se termina por no haber una Noche Triste, y así el interés por la jornada se diluye entre capitanes más o menos secundarios que se llamarán: Soto, Belalcázar, Orellana o Petantúrez. Por eso es que Prescott tuvo que echar mano de sucesos que escapaban a la Conquista del Perú y que encuadraban mejor en la etapa de Pacificación. Porque muerto Pizarro en 1541 prosigue el vendaval sus tropicios y el final del incauto Núñez Vela demanda en el Perú la presencia de un La Gasca, personaje que si exige simpatía. Por esta razón Prescott rehuye a los Pizarros y la revuelta de Gonzalo no pasa de ser eso, una revuelta, pero sin ninguna explicación. Para qué hacerla. Gonzalo es un Pizarro, además está rebelde, luego es un culpable. Y con esta extraña lógica funciona Prescott a través de todo el libro. ¿Qué extraño, verdad? No, no resulta nada extraño. ¿Es que habíamos olvidado que Prescott era un hombre?

A Prescott se le han hecho muchas acusaciones unas veces con fundamento y otras sin él. Guillermo Lohmann, en un minucioso estudio,

sostiene que el punto vulnerable en Prescott es su ausencia de profundidad filosófica. En efecto, como bien apuntó Gooch, "le atraían más los aspectos concretos de la vida que las ideas". Carecía de habilidad para el estudio de la política, de la cultura y del mundo de las ideas en general. Para él lo acontecido debía de correr por el cauce de la historia narrativa. En esto era gran seguidor de Quintiliano, retórico latino del siglo I que le legó su lema de combate: "Historia scribitur ad narrandum, non ad probandum". La Historia se narra, no se demuestra. En realidad era un error, pero en ese tiempo el aforismo del retórico tenía pie de postulado. Prescott pensó usarlo como escudo de guerra pero vino a resultar su talón de Aquiles. Sin embargo a mediados del XIX la disyuntiva era clara: o filósofo o historiador, pero ningún historiador debía ser filósofo. Y también lo pensaron así más cerca de nosotros Barros Arana en Chile, Fermín Cevallos en Ecuador, Alamán y García Icazbalceta en México, Mendiburu y Paz Soldán en el Perú. Historiadores, nada más que historiadores, pero —añade Lohmann— a sus obras cuando se las recuerda no es para dispensarles una sonrisa compasiva por la ingenuidad de sus tópicos.

Prescott usa en cambio un lenguaje arrebatador. El lector sufre un desarme en las primeras líneas y sin querer se entrega en forma incondicional. Sus personajes y descripciones guardan el clima espiritual del pretérito y con ello sorprende aplicando nuevas fórmulas a técnicas antiguas. Su fuente primera fue la historia clásica de los griegos y es por eso que los caudillos adoptan tono declamatorio, algunas veces, como sucede a Pizarro en la Isla del Gallo. Pero a la parquedad y elegancia de su estilo supo añadir una buena proporción de belleza. Y así escribió sus libros, porque se diga lo que se quiera, Prescott fue un gran historiador, un añorador incorregible, un enamorado del pasado. Prescott era un hombre, pero no un hombre cualquiera, con Brancoft y Carlisle tenemos que decir: fue un hombre excepcional.

Pero para nosotros los peruanos fue eso y algo más. No sólo es el cantor de un encuentro entre dos razas destinadas a luchar y confundirse. Narró la conquista española, es verdad, y le dio un cuerpo porque ya tenía alma; pero lo que supo pintar con alma y cuerpo fue el pasado indio del Perú. El dio a la apreciación de los occidentales de su tiempo una idea muy exacta de lo que fue el Tahuantinsuyo.

Lo hizo con errores —nadie lo niega—, no llegó a comprender muchas instituciones —también es cierto— pero aparte de esto y otras tachas más endebles, Prescott mató la idea iluminista de un Imperio

tropical brotado en medio de la Selva. Pintó un Imperio andino, mandado no por reyezuelos semidesnudos sino por monarcas de verdad. Les trazó una línea de conducta y señorío, y los hizo gobernar un pueblo amante del trabajo, de la justicia y de la moralidad. Indios, sí, más no selvícolas; tiranos, que mas da, pero señores.

Esto es lo que más debe el Perú al autor que hoy recordamos: la visión de un Imperio que fue el único del hemisferio sur y que acaso por estar en las cumbres de los Andes resultaba más cerca del cielo que cualquier otro del mundo. Con relación a esto —y usando una metáfora que puede pecar de prosaica y anacrónica— puede decirse que Guillermo Prescott fue el primer norteamericano que alcanzó el Sol de los Incas cien años antes que sus compatriotas se lanzaran a la conquista de las estrellas.